

Oscar ZANETTI

Las manos en el dulce. Estado e intereses en la regulación de la industria azucarera cubana, 1926-1937

La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, 203 pp.

Las *manos en el dulce* cuenta cómo la industria azucarera cubana abandonó la nunca libre concurrencia y fue regulada por el Estado entre 1926-1937. Hay muchos estudios del sector en ese período, generales y sobre diversos aspectos, pero todavía es preciso profundizar en varios temas, y el citado es uno de los más importantes.

La principal característica del libro es el grado en que descansa en la historiografía anterior. La regulación estatal de la industria azucarera a partir de 1927 fue analizada en el momento en que se produjo y, aunque éste fue el hecho más relevante que afectó al sector y a toda la economía cubana, los estudios posteriores sólo lo han tratado como parte de los procesos generales que sucedieron en aquél o por su vinculación con otros aspectos. *Las manos en el dulce*, por tanto, es un libro necesario y de una factura excepcional dentro de sus límites: el problema de descansar sobre el resto de la historiografía es que su indudable valor para los especialistas no lo es tanto para lectores menos instruidos. Habría sido conveniente detenerse más en los procesos que afectaron a la industria azucarera y a la economía cubana e internacional en el período abordado. Resulta llamativo que apenas se dedique espacio a explicar la evolución de la producción, exportaciones y precios del dulce, y a ilustrarlas con datos sistemáticos que ayuden a entender el porqué de la regulación estatal y de las negociaciones en los mercados entre los distintos implicados en el negocio.

Zanetti comienza el libro analizando el lapso anterior a lo que denomina “la primera experiencia reguladora” de la industria azucarera —objeto del segundo capítulo—, que ocurrió tras la crisis que en 1925 derrumbó los precios del dulce debido al exceso de oferta internacional provocado por la I Guerra Mundial, la recuperación posbélica y el proteccionismo de los mercados. Durante la Gran Guerra, la oferta europea de azúcar —la mayor del mundo— disminuyó drásticamente, ocasionando el alza de los precios. Otros productores, sobre todo Cuba, aumentaron extraordinariamente la suya, de manera que tras el armisticio, al recuperarse la primera, los mercados se saturaron, las cotizaciones descendieron y se necesitarían dos décadas para recuperar los niveles perdidos.

El primer ensayo regulatorio de la industria azucarera cubana no fue exitoso. Según Zanetti, los productores no estaban organizados —podemos añadir que el joven Estado cubano tampoco—. Sin embargo, disentimos del valor explicativo de ese factor, pues puede aplicarse a muchas otras actividades económicas en el mundo de esos años. Tal organización comenzó a pergeñarse cuando hubo motivos, no

antes. El problema es que los signos depresivos de los años veinte no fueron claros y los distintos intereses inmiscuidos en el negocio no los interpretaron igual. Así, frente a una primera caída del precio del dulce al acabar la guerra debida a la saturación de los mercados, los centrales de la Gran Antilla aumentaron su oferta ayudados por la financiación recibida durante el conflicto y tras el mismo, cuando los bancos que les prestaron dinero se hicieron con la propiedad de muchos de ellos y decidieron seguir colocando capital pensando que sus bajos costes redundarían en la eliminación de la competencia. Disponer de capital fue condición necesaria del incremento de la oferta azucarera cubana a pesar de los signos de saturación del mercado. Según Zanetti, también contribuyó a ello una plaga de mosaico que afectó a los productores cañeros caribeños y del Golfo de México. A ello se sumó la crisis renana, que retrasó la recuperación de la industria remolachera europea. El hecho de que el mercado estuviese ofreciendo información contradictoria y fuese susceptible de maniobras especulativas se explica por todos esos factores y otro más: los centrales de la Gran Antilla creados y/o modernizados durante la guerra, por razones de eficiencia tecnológica, estaban elaborando menos dulce del que permitía la infraestructura instalada y requería su rentabilidad (realizar economías de escala). Ante ello, se aumentó la producción para acaparar mercado con una estrategia de *dumping*. Sin embargo, ésta no pudo ser tampoco la condición suficiente, pues para ofertar más en tan poco tiempo no basta con querer hacerlo o poder pagarlo. La estrategia, además, tropezó con las barreras proteccionistas, pues casi todos los países demandantes contaban con una industria azucarera menos eficiente que la de Cuba. La razón suficiente, por tanto, fue la necesidad de optimizar la capacidad tecnológica de los centrales insulares que contaron con financiación. Si no se lograba eliminar la competencia internacional, quizá al menos se conseguiría acabar con parte de la interna. Frente a tales peligros se unieron los hacendados afectados exigiendo regulación al Estado.

La crisis de los años treinta tuvo un efecto curioso: deprimió la demanda y los precios del azúcar, aumentó el proteccionismo y cortó el flujo de capital, pero las causas no dejaban ya lugar a dudas y maniobras, se unificaron los intereses y hubo el acuerdo que había faltado para que la regulación fuese exitosa. Los vaivenes precedentes dejaron paso a una limitación continua de la zafra. El capítulo 3 de *Las manos en el dulce* analiza el tema, siendo ésta su gran contribución. La mayor aportación de la parte previa es lo que ayuda a avanzar el conocimiento del efecto del mosaico sobre la oferta de dulce, que hasta ahora sólo intuíamos. No obstante, la razón de ser de la obra es estudiar la regulación definitiva de la industria azucarera cubana, lo que ocurrió, como quedó dicho, tras la Gran Depresión.

Luego de ponerse de acuerdo la mayoría de los intereses implicados en el negocio azucarero cubano en cómo afrontar la crisis, lo necesario era negociar con otras partes. Para ello eran conscientes de que debían limitar su producción, todo lo con-

trario a lo que habían hecho antes. Había dos interlocutores, los representantes del Gobierno y mercado estadounidenses, y los del mercado mundial. Para ambos, pero sobre todo para los primeros, se ofreció desde la isla caribeña un proyecto de estabilización, llamado Plan Chadbourne. El análisis de las negociaciones, sus entresijos, éxitos y fracasos, y la redefinición de la agenda de actuación conforme a ello es la gran contribución del libro, junto con el estudio de las instituciones creadas para regular la industria azucarera cubana y aplicar los acuerdos. La prioridad fue lograr un convenio que permitiese acceder en las mejores condiciones posibles al mercado estadounidense, donde se había vendido tradicionalmente la mayoría del azúcar de la Gran Antilla. Los intereses de los remolacheros norteamericanos fueron los más difíciles de vencer, pero la coherente posición de los azucareros y gobierno de Cuba y de las compañías estadounidenses con intereses en la isla, así como el hecho de que los mecanismos arancelarios no se mostrasen eficaces para proteger a aquéllos, fueron eliminando los obstáculos. Conseguir un acuerdo, sin embargo, tuvo otros inconvenientes. El presidente Gerardo Machado, dictador desde 1928 y que había establecido los presupuestos de la regulación estatal sobre la industria azucarera, debió dimitir ante el conflicto social provocado por la crisis.

Zanetti confirma las tesis anteriores acerca de la continuidad de la política azucarera. Dice que el gobierno revolucionario que sustituyó a Machado en 1933 aplicó sustanciales modificaciones, pero tal aserto resulta de mezclar planos distintos de la complicada situación de la época. Se respetaron los acuerdos alcanzados y las instituciones creadas, pero se dio un giro social a dicha política con el fin de distribuir más equitativamente la renta generada por la exportación de dulce. A su antecesor le faltó ese ingrediente para afrontar la conflictividad social. Sin embargo, otro elemento imprescindible en la estabilización era la colaboración de la Administración estadounidense, y ésta no se dio mientras se mantuvo el referido gobierno, que además no apaciguó el país.

La consolidación del sistema (capítulo 4), se alcanzó cuando se conjugaron todos los elementos mencionados. Un nuevo gobierno, con Fulgencio Batista como hombre fuerte, terminó por imponerse. Mantuvo el giro social de la política revolucionaria, pero actuó con fuerza frente a los conflictos, logró aplacarlos, y la Administración estadounidense incluyó a Cuba en el sistema de cuotas y precios privilegiados establecidos para abastecer su demanda azucarera. Nuevas instituciones se crearon para gestionar lo logrado en el mercado norteamericano y en el mundial, en el que se acordó una cartelización en 1937, nuevas leyes distribuyeron definitivamente la oferta convenida entre centrales y agricultores, y se fijaron las cotizaciones cañeras y los salarios.

Las manos en el dulce, pues, es una aportación sustantiva al conocimiento de la historia azucarera cubana en el siglo XX. Analiza hechos poco conocidos, corrobora tesis anteriores mediante su estudio y las fuentes que lo sustentan. Al final se echa

de menos un examen pormenorizado de algunos efectos de la regulación del sector y la economía que fueron trascendentales, como las leyes de nacionalización del trabajo o la expulsión de los inmigrantes antillanos que habían llegado a trabajar en la zafra y se quedaron en la Gran Antilla, pero quizás éstos son temas para futuras investigaciones. Con su sugerente trabajo y las cuestiones que plantea, Zanetti anima a que se emprendan.

Antonio Santamaría García

Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid